

## **POR LAS CALLES DE PRAGA. PERSIGUIENDO AL GOLEM**

Según los estudiosos, el Golem surge en el Antiguo Testamento, y tuvo a lo largo de los tiempos reiteradas interpretaciones, incluida la tradición cabalística. En 1916, el escritor austríaco Gustav Meyrink publicó la novela *Der Golem*, que luego inspiró a Borges para su poema El Golem que comienza: “*Si (como el griego afirma en el Cratilo) /el nombre es arquetipo de la cosa,/en las letras de rosa está la rosa/y todo el Nilo en la palabra Nilo*”. Y más adelante agrega: “*(El cabalista que ofició de numen/a la vasta criatura apodó Golem;/estas verdades las refiere Scholem/en un docto lugar de su volumen.)*”.

Caminar por la ciudad de Praga, y particularmente por las calles de barrio judío de lo que fue el antiguo gueto de la ciudad, junto al cementerio judío, nos hace vislumbrar los recónditos laberintos en los que se oculta el misterio, la cábala, y la alargada sombra del Golem...

En aquella vieja Praga recordé un trozo de la obra de Gustav Meyrink que dice: “*Hice descubrimientos extrañísimos. Las cosas que, sin prestar atención, había dejado pasar en mil ocasiones de mi vida como simples palabras en mis oídos, estaban ahora repletas de valor en mis fibras más internas: lo que había aprendido ‘de memoria’ lo ‘comprendía’ ahora de golpe como mi ‘propiedad’.* Los misterios de la formación de las palabras, que nunca imaginé, estaban ahora desnudos ante mí” (*El Golem*, ed. Tusquets, p.75), y pensé: el golem, el golem..., dónde el golem?

Desde la época del rey Ladislao, en el siglo XII, los judíos que se fueron asentando en Praga gozaron de importantes privilegios y entre ellos, la posibilidad de dotar a la judería de puertas con el fin de cerrar el gueto durante las noches para evitar los ataques que frecuentemente recibían en el marco de la ancestral persecución a la que históricamente se han visto sometidos. Entre los ataques recibidos en el gueto se narra que en 1150 hace aparición en el territorio la secta de los flagelantes contra la que el rey Ladislao dicta una orden de expulsión y éstos deciden vengarse en los judíos de Praga como víctimas propiciatorias. Atacaron por la noche la judería, pero sus habitantes se defendieron con ardor, logrando expulsarles, por lo que el rey, con el fin de premiar su arrojo, les permite incorporar a su blasón el León de Bohemia, privilegio que se reafirma en el tiempo con sus sucesores.

En 1388, durante el reinado de Wenceslao el Corrupto, una turbamulta asaltó la judería pretendiendo que los judíos abjuraran de su fe, por lo cual se refugiaron en la sinagoga Altneu donde fueron masacrados sin que la autoridad reaccionara. Sin embargo se puede decir que hasta el reinado de Jorge de Podiebrad (de 1420 a 1474) los judíos viven sin grandes sobresaltos, pero a partir de esta época es cuando comienzan a sufrir nuevamente ataques y difamaciones. Será en 1531 cuando nace Jehuda Löw hijo del rabino Bezalel ben Cahjim y que según cuenta la leyenda vendrá a proteger a los judíos de Praga contra “perversas calumnias e imputaciones de los cristianos” (*El Golem de Praga (leyendas judías del gueto)*, ed. Vitalis, Biblioteca Bohemica, p.33).

### **El sabio Judá León**

Jehuda Löw ben Bezalel (Judá León) fue llamado a desempeñar el cargo de rabino en Posen y al poco tiempo su fama de piadoso y sabio se fue extendiendo, por lo

que fue llamado a Praga por el legendario rey de Bohemia, protector de doctos eruditos y alquimistas, Rodolfo II (1552-1612) y fue nombrado Gran Rabino de la Judería, cargo que ostenta hasta su muerte. Praga se había convertido en el refugio de los hebreos huidos desde España y Portugal perseguidos por la inquisición. Fue él quien defendió a la comunidad judía ante Rodolfo II frente a la proyectada expulsión que sus propios cortesanos habían planeado sobre el gueto de Praga. Como quiera que los ataques e injurias contra el gueto no cesaban, cuentan las tradiciones locales que, cuando corría el año 1580, el rabino Löw consulta en sueños al Altísimo cuál es la solución, a lo que recibe la siguiente respuesta: “*Ata Bra Golem Dewuk Hachomer W’tigzar Zedim Chewel Torfe Jisrael*” (crearás un Golem de barro y exterminarás a la miserable chusma devoradora de hebreos).

Dado que la respuesta que recibe tiene un orden alfabético cabalístico, el rabino busca, para tamaña empresa, a dos colaboradores, su yerno Jizchak ben Simson y su discípulo Jacob ben Chajim Sasson, para que el primero representara el elemento fuego, el segundo el agua, el rabino Löw el aire y el Golem el cuarto elemento tierra. Luego de realizar las preceptivas purificaciones, el baño ritual de inmersión (*la mikwe*) y entonar el *Chazot* (la lamentación de medianoche por Jerusalén) se dirigieron a las orillas del Moldava donde con barro conformaron un cuerpo humano de importantes dimensiones. Entonces Jizchak, comenzando por la derecha, dio siete vueltas alrededor del cuerpo inerte, lo mismo hizo Jacob y el rabí Löw mientras cada uno pronunciaba el *zirufim* correspondiente a cada uno de los elementos. El cuerpo de barro fue cambiando de color y le salieron pelos y uñas, a lo que seguidamente el rabí depositó un rollo de pergamino en la boca del Golem con un *schem* (el nombre de Dios) y la Letra Sagrada sobre la frente, pronunciando al unísono hacia los cuatro puntos cardinales las siguientes palabras: “*le insufló el aliento de la vida (nepesh) en su nariz y se convierte en un ser vivo*”, y el Golem abrió los ojos y se levantó. Le vistieron con ropas de un *schammes* (guardián de la sinagoga), si bien algo en el ritual no concluyó como debía pues carecía de habla y dijeron al pueblo que se trataba de un fámulo mudo que estaba al servicio del rabino y le bautizó con el nombre de Josef (*El Golem de Praga (leyendas judías del gueto)*, ed. Vitalis, Biblioteca Bohemica, p.46).

Como nos recuerda Borges, “*Tal vez hubo un error en la grafía/ o en la articulación del Sacro Nombre;/ a pesar de tanta hechicería/ no aprendió a hablar el aprendiz de hombre*”; y, sin embargo, en su mudez el Golem sirvió al rabí Löw en los servicios que este le solicitaba y en la protección y defensa del gueto, pero, insiste Borges, “*Algo anormal y tosco hubo en el Golem,/ ya que a su paso el gato del rabino/ se escondía...*”

Los viernes, el rabino entregaba al Golem un programa de cometidos y el *sabbat* (sábado) le dedicaba sólo a guardar la sinagoga, pero hubo un viernes por la tarde en el que el rabí Löw olvidó entregar la lista de trabajos al Golem, y éste furioso recorrió la judería destrozando todo lo que encontraba a su paso, mientras las gentes del gueto huían despavoridas gritando: ¡Josef se ha vuelto loco! Tuvo el rabino que interrumpir sus oraciones y detenerle, por lo que una vez concluido el peligroso episodio y considerando que el gueto ya no corría los peligros de antaño y que sus habitantes ya no sufrían los escarnios por los que había tenido que crear al Golem, decidió deshacerse de la criatura de barro. Según la leyenda, un día del año 1593 ordenó al Golem que esa noche no durmiera en su despacho como lo hacía habitualmente sino que se instalara en el desván de la sinagoga de Alneu y cuando sonaron las dos de la madrugada los

mismos tres oficiantes se colocaron detrás de la cabeza del Golem dormido y leyeron al revés las palabras del Libro del Génesis convirtiendo, otra vez, a la criatura en una masa de barro ya sin vida. A la mañana siguiente se corrió la voz de que Josef había huido por la noche de la ciudad.

Esa misma ciudad de Praga y esa judería (o lo que queda de ella) que recorrimos Dolores, Harry y yo con pasos rituales, buscando en cada rincón la sombra del Golem y nos preguntamos al llegar al antiguo cementerio judío (*Beth Chajim*) y al depositar una piedra sobre la tumba del rabino Judá León, que murió en 1609, con el poeta argentino: “*En la hora de angustia y de luz vaga/ en su Golem sus ojos detenía./ ¿Quién nos dirá las cosas que sentía/ Dios al mirar a su rabino en Praga?*”.

La alquimia y la magia siguen la corriente del Moldava bajo el puente de Carlos y en las intrincadas calles de la vieja ciudad, junto al foso de los Ciervos, donde se encuentra la Callejuela del Oro que nos recuerda la Magna Obra bajo la sombra de la Torre Mihulka, donde se dice que los alquimistas tenían sus laboratorios en el siglo XVI. Fue el Brugrave Mayor Guillermo de Rozmberk quien en la corte del emperador Rodolfo II acogió a famosos alquimistas de la época como John Dee o Edgard Kelley. También en la Callejuela del Oro vivió en su número 22 el escritor Franz Kafka y fue su taller de trabajo intelectual durante algunos años en el que nacen algunas de sus narraciones cortas. Junto al Foso de los Ciervos, como nos recuerda Meyrink, cuando su personaje busca, en un universo onírico, la figura de Athanasius Pernath... “*podría llegar con los ojos cerrados hasta la pequeña y curiosa calle de los Alquimistas, así de familiar y conocido me es de repente cada paso (...) Toda la muralla del jardín está cubierta de mosaicos. Azul turquesa con frescos dorados curiosamente aconchados que representan el culto del dios egipcio Osiris*”.

Todo parece que ha cambiado y, sin embargo, sigue igual. Volvimos a releer aquel pasaje: “*La lucha por la inmortalidad es una batalla por el cetro contra los fantasmas y los clamores que llevamos en nosotros mismos; y la espera a que el propio ‘Yo’ se convierta en rey es la espera del Mesías*” (Meyrink, G.: *El Golem*, ed. Tusquets, p.234). Y volvimos a perdernos en nuestro propio laberinto, que es también el laberinto de Praga.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert  
(Artículo publicado en la Revista Esfinge)